

HISTORIA DE

CASTELLÓN

Levante de Castellón



La Moleta dels Frares o de Liborio. El Forcall, en la antigua ciudad de Lesera citada por Ptolomeo en el siglo II d.C. (Foto: V. Gamir.)

El Alto y el Bajo Imperio

■ Ferran Arasa Gil / Manuel Rosas Artola

EL ALTO IMPERIO

La conquista romana supuso la puesta en marcha de un vasto programa de explotación de los recursos naturales de la Península Ibérica. El mayor potencial económico que ofrecía el territorio valenciano era de tipo agrícola, por lo que los esfuerzos de la administración romana se dirigieron hacia la puesta en explotación del suelo. Para ello, una vez consolidado el dominio de los nuevos territorios, se aplicaron modelos ya experimentados en otras regiones del mundo romano: establecimiento de colonos itálicos, reparto de tierras, incentivación de la producción mediante el acceso a importantes mercados a través del comercio a larga distancia, etc. Con la puesta en marcha de este proceso se consolidó plenamente el modelo urbano, desarrollándose una relación de interdependencia entre el campo y la ciudad: ésta era el mercado al que se dirigía la producción agrícola de su territorio; una vez cubiertas sus necesidades, los excedentes pasaban a los circuitos comerciales, que gracias a la navegación aseguraban su llegada a leja-

nos mercados, como la misma Roma. Los productos cuyo cultivo se generalizó en esta época constituyen la trilogía característica de la agricultura mediterránea: vid, olivo y trigo.

Sin embargo, el pleno desarrollo de este modelo económico tardó casi dos siglos en alcanzarse y exigió el pago de un alto precio por parte de la cultura ibérica. Este complejo y largo proceso de aculturación, conocido genéricamente como romanización, afectó tanto a la organización política, social y económica de los íberos como a su cultura material. La sustitución de su lengua por el latín, en un dramático proceso de pérdida de identidad, se vio acompañada de otros episodios más domésticos, como el progresivo cambio de su vajilla de mesa, que pasó a importarse de Italia, la plena incorporación a la economía monetar, etc.

La aplicación de estas medidas provocó un cambio generalizado en el poblamiento, en lo que puede considerarse una segunda fase decisiva en el proceso romanizador. Los poblados ibéricos se abandonaron progresivamente a lo largo de los siglos II-I a.C., de manera que con la llegada al poder de Augusto el año 27 a.C. se encontraban deshabitados en su inmensa mayoría. Tan sólo las principales ciudades ibéricas, como *Edeta* (Lliria) y *Saguntum*, junto a otras de nueva fundación, como *Valentia* y algunos asentamientos menores, que debieron jugar un importante papel en el control del

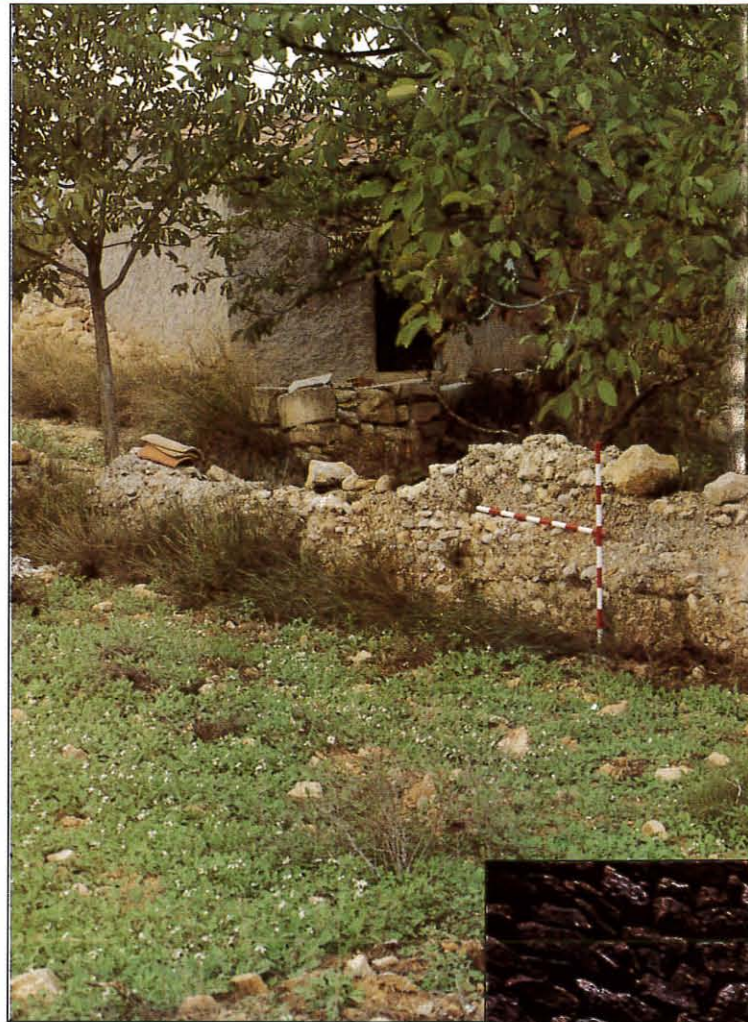
territorio, continúan ocupados. Este proceso de abandono se vio acompañado de la proliferación de establecimientos de carácter agropecuario, las llamadas villas, que suponen la puesta en explotación del territorio de manera organizada. Estos nuevos asentamientos, que forman la base del poblamiento durante los siglos I-III, siguen unas pautas diferentes: se sitúan siempre en lugares llanos, en ocasiones al pie mismo de los despoblados ibéricos, buscando siempre las mejores tierras de cultivo y un fácil aprovisionamiento de agua.

El estudio de la vajilla cerámica resulta fundamental para establecer la cronología de las villas. La cerámica sigillata (de *sigillum*, el sello en que figuraba la marca del alfarero) se importaba de Italia en época de Augusto y Tiberio; más tarde, los centros de fabricación se trasladaron a la Galia, de donde se importó hasta finales del siglo I d.C., cuando los alfareros hispánicos inundaron el mercado con sus productos. Pero, avanzado el siglo II, las producciones africanas, de peor calidad pero más baratas, desbancaron a su vez a las hispánicas y se impusieron durante los siglos III-IV.

El poblamiento urbano

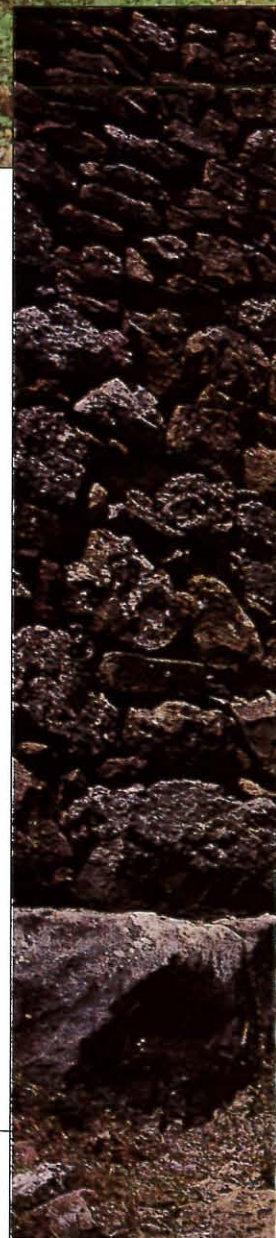
En las comarcas septentrionales del País Valenciano, en el territorio que se extiende entre las ciudades de *Saguntum* y *Dertosa*, el fenómeno urbano tuvo un incipiente desarrollo durante la época ibérica, aunque no llegó a consolidarse plenamente. La conquista romana parece truncar el desarrollo urbano de algunos importantes asentamientos ibéricos; tan sólo uno, situado en la montañosa comarca de els Ports, parece jugar un importante papel en la estrategia romana de control del territorio y continúa ocupado en época imperial: la Moleta dels Frares o de Liborio (el Forcall). La escasa presencia de núcleos urbanos en este territorio —una excepción en la densamente poblada fachada mediterránea peninsular— parece obedecer, por tanto, no sólo a una situación heredada, sino también al hecho de que la administración romana no debió considerar necesario modificarla mediante la potenciación de alguno de los asentamientos existentes o la fundación de algún otro de nueva planta, posiblemente por tratarse de un territorio con escaso peso específico, tanto a nivel económico como demográfico, que podía ser administrado en su mayor parte desde las dos ciudades situadas en sus extremos, *Saguntum* y *Der-tosa*.

El único asentamiento de características urbanas conocido en el territorio que se extiende entre ambas ciudades, la Moleta dels Frares o de Liborio (el Forcall), fue dado a conocer en 1876 por N. Ferrer y Julve, y es un enclave estratégico situado cerca del río Bergantes, con una superficie próxima a las 6 has. Ocupado desde la Edad del Bronce, parece jugar un importante papel en época ibérica tardía, bajo la administración republicana, ya que es uno de los escasos enclaves indígenas que no se abandona. La excavación realizada por E. Pla en 1960 demostró que a partir del reinado del emperador Augusto el yacimiento experimenta una profunda transformación urbanística, que borra los vestigios de la anterior población. Los restos conservados evidencian una amplia cobertura urbana del lugar,



Arriba, muros de la villa de l'Hostalot. La Vilanova d'Alcolea.
(Foto: F. Arasa.)

Derecha, puerta de entrada al recinto amurallado de la Moleta dels Frares o de Liborio. (Foto: F. Arasa.)

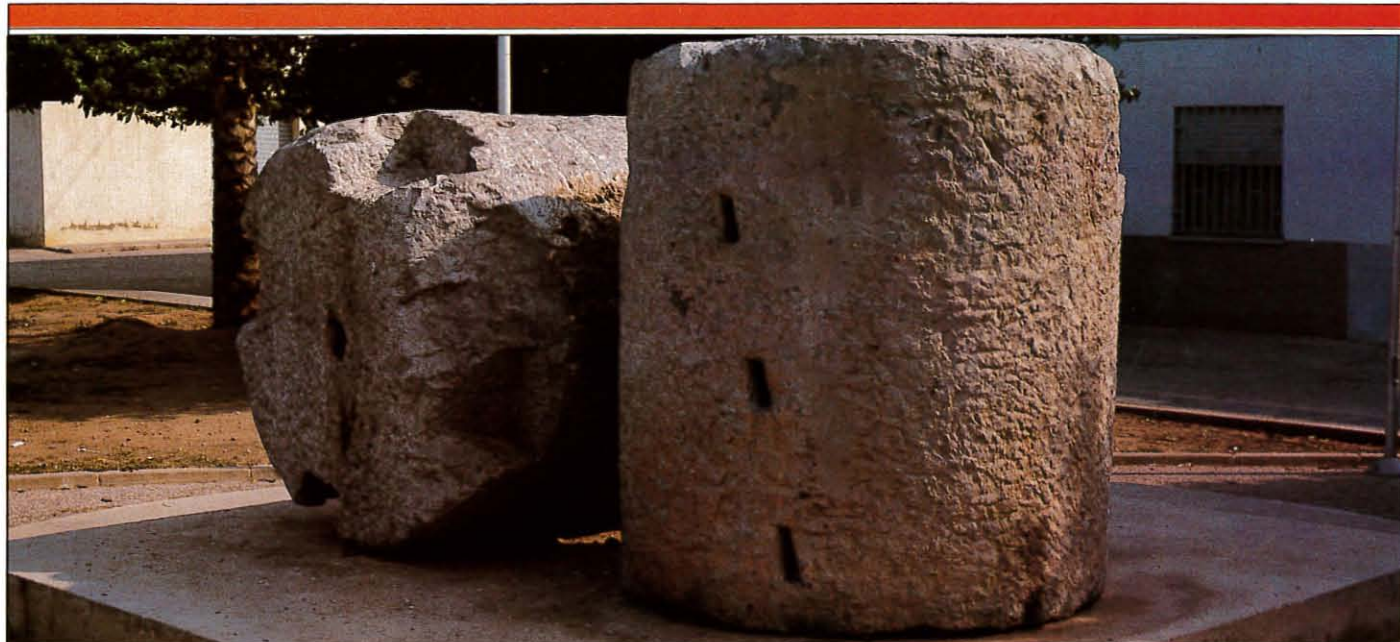




donde pueden verse restos de numerosas construcciones. En el lado este se conservan dos tramos de muralla, entre los que se abre la entrada al recinto, por donde se accede a una amplia terraza rectangular delimitada por un largo muro de *opus caementicium*, en la que debió estar situado el foro; la presencia en esta zona de cimientos de edificaciones monumentales, así como el hallazgo de fragmentos escultóricos, capiteles, enlosados, etc, parecen confirmarlo. Las excavaciones han demostrado un proceso de abandono desde el siglo II, aunque la ocupación continúa durante el siglo III y, según los hallazgos monetarios, hasta el IV.

Respecto a la identificación de este pequeño núcleo urbano, en Morella se conserva una inscripción (CIL II 4052) procedente del Mas de la Vespa, a donde fue trasladada probablemente desde la Moleta. Conocida desde el siglo XVI, fue reinterpretada por G. Alföldy, y resulta del máximo interés para la identificación de esta pequeña ciudad. Se trata de un ara consagrada a Júpiter Conservador con motivo de la salvación del emperador Caracalla, posiblemente en el año 212, por una comunidad denominada *respublica leserensis*. Esta localidad, cuyo topónimo debió ser *Lesera*, aparece citada por el geógrafo Ptolomeo a mediados del siglo II d.C., sin que tengamos ninguna otra noticia suya. El término *respublica* no explicita la categoría jurídica de la localidad, pero en Hispania se utiliza mayoritaria-





Contrapesos de prensa encontrados en la villa de la Torrassa. Betxí-les Alqueríes. (Foto: F. Arasa.)

te para designar comunidades urbanas organizadas según el modelo municipal. Por otra parte, la mención epigráfica del emperador Caracalla prueba la pervivencia de la administración municipal en la ciudad al menos hasta principios del siglo III.

El poblamiento rural

La proliferación de los nuevos asentamientos rurales por todas las zonas con recursos agrícolas, sobre todo la Plana, se vio acompañada de la división de la tierra para su reparto en lotes (*centuriatio*). Indicios de estas parcelaciones pueden rastrearse en la red de caminos y acequias de la Plana, donde se articulan en torno al eje (*kardo maximus*) constituido por la vía Augusta, buena parte de cuyo trazado sigue el Caminàs, en una franja en la que se concentran buena parte de los yacimientos arqueológicos conocidos en la comarca. Sin embargo, las zonas ocupadas por estos asentamientos se extienden prácticamente por todo el territorio, tanto en los llanos litorales como en los valles del interior.

El poblamiento rural comprende tanto sencillas casas de labor, semejantes a las actuales masías, como amplias y lujosas mansiones, en ocasiones residencias rurales de familias saguntinas, entre las que encontramos algunos funcionarios municipales de esta ciudad, como ocurre en la Plana; en estas últimas no es extraño encontrar elementos ornamentales que denotan cierto lujo, como mosaicos, revestimientos de mármol, esculturas o instalaciones termales. Sin embargo, aun en estos casos, las villas eran verdaderos centros de producción agropecuaria, como lo demuestra el hallazgo de almazaras, hornos para la fabricación de ánforas, etc. El hallazgo de bloques de piedra que servían de contrapesos a las prensas, como los de la Torrassa (Betxí-les Alqueríes), las mismas almazaras encontradas en Benicató (Nules) y l'Horta Seca (la Vall d'Uixó) o el posible granero (*horreum*) de l'Hostalot (la Vilanova d'Alcolea) demuestran la importancia de la producción agrícola en la economía de las villas.

Las excavaciones arqueológicas en villas romanas son muy escasas en nuestras comarcas; tan sólo se han efectuado trabajos de desigual extensión en cinco yacimientos romanos. En el Mas d'Aragó (Cervera del Maestre), una extensa villa cuya ocupación parece extenderse desde el siglo I antes de Cristo hasta el V después de Cristo, se ha excavado una piscina que posiblemente formaba parte de un conjunto termal, un complejo alfarero con tres hornos cerámicos, en los que se fabricaron ánforas vinarias, y una zona industrial, destinada posiblemente a almazara. L'Hostalot, situada junto a la vía Augusta, presenta una división tripartita con un área doméstica, un gran edificio destinado probablemente a granero y corrales y un monumento funerario apartado del resto. De la villa de Sant Gregori (Borriana) se han excavado algunas habitaciones con pavimentos de *opus signinum*. La villa excavada en mayor extensión es la de Benicató, donde se sacaron a la luz más de 30 dependencias, distribuidas alrededor de un patio porticado (*peristilium*) en cuyo centro había un estanque circular; entre ellas pueden identificarse una almazara y unas termas de modestas proporciones; en dos de estas habitaciones se encontraron sendos mosaicos en blanco y negro con decoración geométrica, desfigurados por una restauración desafortunada. Por último, en la villa de l'Horta Seca se excavaron diversas dependencias, entre las que pudo identificarse una almazara, recuperándose también un pavimento de *opus signinum* con un sencillo emblema en blanco y negro.

Sin embargo, las noticias y los hallazgos de época romana se extienden a numerosos yacimientos, en su mayoría arrasados por los cultivos. Algunos de estos restos denotan un cierto lujo decorativo, como las teselas pertenecientes a mosaicos en blanco y negro encontrados en la Torrassa (Betxí-les Alqueríes), las placas de mármol blanco para revestimientos encontradas en Lledó (Castelló de la Plana) o las esculturas del Mas de Víctor (Rossell), el Palmar (Borriol) y l'Alter (Xilxes). Pero la riqueza de alguno de estos *possessores* puede

deducirse también a partir de los restos de los monumentos funerarios que erigieron para perpetuar su memoria. Podemos incluir en este apartado el frontón incompleto de les Coves de Vinromà, el monumento con columnas de l'Hostalot, l'Arc de Cabanes, los restos monumentales citados por A. Valcárcel en la Vall d'Uixó, el desaparecido monumento de la Muntanyeta dels Estanys (Almenara), el arco y las estatuas citados por una inscripción de Jérica y los restos arquitectóni-

cos de Bejís. Todos ellos constituyen un claro ejemplo de cómo este tipo de monumentos no fue privativo de las clases urbanas acomodadas, ya que también algunos ricos propietarios rurales quisieron imitar esa forma de ostentación.

La vía Augusta

Los itinerarios de época romana mencionan dos impor-

La villa romana mejor excavada es la de Benicarló en Nules, donde se han encontrado más de treinta dependencias alrededor de un patio porticado en cuyo centro había un estanque circular.
(Foto: V. Gamir.)



tantes caminos que atravesaban nuestras comarcas. El primero y principal es la vía Augusta, que seguía un trazado paralelo al litoral y constituía el verdadero eje vertebrador del territorio. Fue construido por el emperador Augusto entre los años 8-2 a.C., aprovechando el trazado de un camino anterior, y estaba jalonado por columnas de piedra, llamadas miliarios por estar situadas a una distancia regular de mil pasos, una milla (1480 m). En ellos figuraba el nombre del emperador en cuyo reinado se erigió, con los cargos correspondientes al año en curso, así como el nombre de la vía y el número de millas existente desde el lugar en que se iniciaba la numeración (*caput viae*). La organización de una red estatal de estaciones de posta (*cursus publicus*) para el cambio de caballos (*mutationes*) y para el descanso y manutención de los funcionarios de la administración estatal en tránsito (*mansiones*), singularmente los correos (*cursores*), completaban la infraestructura viaria.

Los itinerarios romanos citan cuatro de estas estaciones entre las ciudades de *Dertosa* y *Saguntum*, con las distancias correspondientes en millas: *Intibili*, *Ildum*, *ad Novlas* y *Sebelaci*. Las dos primeras tienen un topónimo ibérico, mientras que el de las otras dos es latino. Su reducción a yacimientos arqueológicos concretos no es segura, no sólo porque el cálculo de las distancias resulta problemático, sino porque además la proximidad de los yacimientos entre sí complica aún más cualquier intento de reducción. Por otra parte, el hecho de que la distancia mencionada por los itinerarios entre ambas ciudades (*Saguntum* y *Dertosa*), un total de 95 millas (140,6 km), sea muy próxima a la distancia existente en línea recta sobre el mapa (142 km), permite deducir que la distancia real por un camino de carro debía ser mayor, con lo que disminuye la fiabilidad de las distancias proporcionadas por los itinerarios. Por ello deben tenerse en cuenta otros factores a la hora de proponer

reducciones, tales como la toponimia, la localización del yacimiento en relación a otras vías de comunicación y su importancia arqueológica.

El trazado de la vía Augusta (la *via maior* de los documentos medievales), discutido durante siglos entre los partidarios de un trazado por el interior y un trazado por el litoral, resulta indiscutible por la presencia de miliarios que señalan su paso. La mayoría de los miliarios valencianos han sido encontrados en nuestras comarcas, por lo que su trazado es bien conocido hoy en día. Desde *Dertosa* seguía un trazado interior por Traiguera, Sant Mateu, les Coves de Vinromà, la Pobla Tornesa y Borriol, por donde entraba en la Plana, y después de cruzar el Millars transcurría cercana a la costa, siguiendo un trazado similar al del Caminàs. Buena parte de las villas y monumentos romanos conocidos en las comarcas que atravesaba están situados en sus proximidades, como l'Arc de Cabanes o la villa de Benicató, por lo que sin duda debió ejercer un papel aglutinador del poblamiento.

Otras vías de comunicación

La otra vía mencionada por los itinerarios, aunque sin especificar distancias, comunicaba *Contrebia*, cerca de *Caesaraugusta*, con la mansión de *Intibili* anteriormente vista. Esta vía debía entrar en la comarca de els Ports por la Roca Tallada (mencionada en 1250 como *penam del carro*), situada entre Castellote y Palanques, donde quedan vestigios de su paso; de allí se dirigiría a la Moleta (el Forcall), probablemente un importante nudo de comunicaciones en época romana. Sin embargo, su trazado es poco conocido, habiéndose encontrado vestigios de su paso en los alrededores de la Venta de l'Aire (Catí). El hecho de que se mencione a *Intibili* como final de trayecto permite deducir que esta mansión se encontraría en la misma encrucijada de caminos



La vía Augusta, a su paso junto al Arco de Cabanes, antes de su reciente asfaltado. (Foto: F. Arasa.)

El Arco de Cabanes, monumento único en el País Valenciano. (Foto: F. Arasa.)



o en sus cercanías, no lejos, por tanto, de la Rambla de Cervera.

Otra vía de mayor importancia, aunque ignorada por los itinerarios, debió ser la que desde *Saguntum* remontaba el curso del Palancia para internarse en tierras aragonesas. Junto a estos tres ejes viarios, de mayor importancia estratégica, debieron existir numerosos caminos secundarios que seguirían los principales cursos fluviales, como el Millars y la Rambla de la Viuda, y los llanos litorales, como el Caminàs al norte del Millars. La mayoría de ellos debieron seguir utilizándose durante siglos, y su trazado puede rastrearse en la tupida red de caminos que ha llegado hasta nuestros días. Sólo en un caso excepcional aparece una mención epigráfica de un camino, en Algimia de Almonacid, donde su propietario, Marco Bebio Severino, quiso advertir a los viandantes que se trataba de un *iter privatum*.

Lugares de culto

La religión romana era una práctica de gestos y ritos, con una concepción funcional de los dioses. Es decir, que en su base se trataba de una magia propiciatoria que no debió de chocar excesivamente con la mentalidad de la población íbera que habitaba estas tierras. No se conservan restos de templos, si exceptuamos el de Venus en els Estany de Almenara, cuya atribución es muy dudosa, ya que se realiza a partir de una inscripción, además funeraria, con una dedicatoria a *Veneris sanctae*. Tampoco hay testimonio de cultos oficiales del Imperio, de los que sólo tenemos una inscripción, procedente de la Moleta dels Frares (el Forcall), actualmente en Morella, dedicada a Júpiter Conservador para que preserve la seguridad del emperador Caracalla (*Ioui Conseruatori ob incolimitatem Marci Aurelii Antonini Augusti, Pii Felicis, res publica Leserensis aram posuit et dedicauit*). En una lápida de Mascarell, que citamos en el capítulo de epigrafía funeraria, aparece un personaje emparentado con la influyente familia

saguntina de los Baebii, que en su carrera política fue *flamen Augustalis*, sacerdote encargado del culto al emperador Augusto, aunque con toda seguridad ejerció como tal en Saguntum.

El único recinto de culto que conocemos está en la montaña de Santa Bàrbara (Villavieja). Desde allí se divisa toda la Plana hasta Sagunto y, en días claros, se puede ver todo el golfo de Valencia hasta el cabo de Sant Antoni. Esta situación no debe de ser extraña al culto que allí se desarrolló desde época ibérica, seguramente vinculado a alguna divinidad protectora, si atendemos a las dedicatorias que como promesas (*ex uoto*) aparecen en algunos pequeños altares. En la más extensa de ellas una mujer, que por la forma del nombre es una antigua esclava, dedica un altar en cumplimiento de una promesa (*Coelia Rhodine uotum soluit libens animo*).

Este santuario es un pequeño recinto rectangular de 6x9 metros aproximadamente. En su interior aparecieron fragmentos de esculturas con figuras de animales y personas, sin duda también *ex-votos*, alguno de los cuales probablemente pudieran pertenecer a la imagen de la divinidad a la que se rendía culto allí. Los restos abundantes de cenizas, huesos de animales (fundamentalmente cerdos, corderos, conejos, gallinas y lagartos) de los que se reservaba una parte para la divinidad, quemándola sobre el altar, y el resto era consumido por los asistentes.

Epigrafía funeraria

Más que en ninguna otra cultura, los romanos utilizaron la escritura en sus monumentos funerarios como instrumento para perpetuar la memoria de los muertos entre los vivos. Su presencia junto a los caminos servía para recordar diariamente a los ciudadanos los vínculos sociales que les ligaban a las genealogías del poder. Pero, además de los linajes ilustres, las inscripciones que aparecen en los monumentos funerarios modestos

(los pobres eran enterrados en fosas comunes o en monumentos anónimos) nos permiten rescatar del olvido a hombres y mujeres que buscaron perpetuar su apellido mediante la epigrafía.

Estos monumentos funerarios generalmente son sólo simples lápidas, aunque en algún caso, como en la inscripción del Museo Municipal de Jérica, se describa un auténtico monumento con un arco y estatuas (*Quintia Proba, sibi et Porcio Rufo e Porcio Rufino, arcum fecit et statuas superimposuit*). También los textos, la mayor parte de las veces, son fórmulas sencillas, aunque encontramos

algún verso, como el epigrama de la inscripción de Montán, donde Marcus Marius Lascivus le dice a quien pase por delante del monumento que recuerde que dejó de ver la luz que ahora ve el lector cuando sólo tenía tres años y medio (*Marcus Marius Lascivus. Hic situs est. Tu, qui praetereans spectas aram quam fecit casus poni quo, sistis lege et inuenies quit mihi contigerit. Trimus ego et mensum iam sex, tuam lucem sensi*).

Del muerto se recuerda su nombre, lo que no nos permite saber si se trata de un hombre o mujer libres, o bien de libertos (antiguos esclavos), que formaban también parte de la familia,

como en una inscripción de Almassora, perdida en la actualidad, en la que el patrono se dedica la lápida junto a su liberto (*Marcus Sergius Paterno, annorum XXX, Marco Sergio Numidae liberto optimo et sibi*). Otras indicaciones permiten saber detalles sobre su vida, como la edad en que murió, la profesión, su lugar de nacimiento o alguna posible característica física. También del difunto se recuerda su posición social, como en la inscripción que aparece empotrada en el campanario de Mascarell, donde la mujer indica los cargos municipales que en vida ostentó su marido (*Marcus Tettienus, Marci filius,*

Galleriae tribus, Pollio: aedilis, duumvir, flamen augustalis, quaestor. Baebia, Luci filia, Lepida uxor).

La epigrafía funeraria no admite inscripciones jocosas, sus textos reafirman los lazos familiares, y en ellas encontramos siempre dedicatorias que, aunque con fórmulas estereotipadas, describen las relaciones entre los vivos y los muertos. Por ejemplo, en una lápida perdida de Alcalá de Xivert, la madre se dedica en vida una lápida junto a su queridísimo hijo (*Calpurnia Lupercilla, filio dulcissimo et sibi, se uiui fecerunt*) o en otra de Costur, también en paradero desconoci-

La vía Augusta estaba jalonada por unas columnas de piedra, llamadas miliarios porque estaban situadas a una distancia regular de mil pasos. Miliario de Borriol. (Foto: V. Gamir.)





A la crisis económica del siglo III sólo sobrevivieron las zonas urbanas de mayor tamaño como Lesera. (La Moleta dels Frares en Forcall.) (Foto: V. Gamir.)

do, una mujer dedica el monumento a sus virtuosos padre y hermano (*Fabio Calisto, annorum LXXI, et Quinto Fabio Lupo, annorum XXXIII, patri et fratri piissimis, fecit Fabia Calityche*).

El Bajo Imperio

La crisis de crecimiento, que se observa ya en el Imperio romano de forma evidente desde el advenimiento de la dinastía de los Severos, se manifestó de forma violenta a mediados del siglo III con la aparición de crisis de subsistencia: hambres y pestes, que remataron los bárbaros con sus primeras tentativas de asentamiento dentro de las fronteras del Imperio.

No existe ninguna duda de que esta crisis general afectó también a las comarcas de Castelló. La débil red de villas que cubría de manera irregular el territorio quedó prácticamente arruinada. La mayor parte de ellas desaparecieron o quedaron reducidas a una vida lánguida, muy por debajo del tono económico del siglo II. Solamente parecen sobrevivir a esta crisis las zonas urbanas y las explotaciones agrícolas de mayor tamaño. Lesera (la Moleta dels Frares, el Forcall): una población que mantiene viva su organización municipal hasta comienzos del siglo III, ve reducida su vida durante el siglo IV, sin señales aparentes de violencia, a la ocupación de unas pocas viviendas, hasta el punto de desaparecer de los itinerarios de la época. El Mas d'Aragó

(Cervera del Maestrat) o Benicató (Nules), explotaciones agrícolas que durante el siglo II debieron de tener unos niveles importantes de producción, prácticamente se ven reducidas a unos pobres restos arqueológicos. Estos hechos ocurrieron en la segunda mitad del siglo III d.C.; por las fechas finales de los tesorillos de monedas que aparecieron en Benicató y el Mas d'Aragó, probablemente durante el reinado del emperador Galieno (253-268).

Si bien no se puede afirmar en términos absolutos que las zonas llanas de alto rendimiento agrícola quedan despobladas, es cierto que no mantienen la densidad demográfica de la primera parte del Imperio. Simultáneamente se produce una vuelta a la seguridad de las montañas, muchas de ellas eran promontorios que ya habían sido utilizados en épocas anteriores. Los poblados ibéricos, que probablemente se encontraban todavía en condiciones de habitabilidad, son reaprovechados. Un buen ejemplo es el de Sant Josep (la Vall d'Uixó), que, abandonado a mediados del siglo II a.C., vuelve a ocuparse en la segunda mitad del siglo III d.C. No hay duda de que la crisis fue más profunda de lo que los restos arqueológicos nos muestran. Los signos de destrucción de las viviendas rurales pudieron ser de origen muy diverso: las revueltas internas, la invasión de bandas de franco-alemanes, un abandono sin violencia, un accidente fortuito o el resultado de la peste general del año 252 d.C., pero no son la causa, sino la

manifestación del final de un ciclo. La reconstrucción del modelo de explotación agrícola basada en la exportación a las ciudades resultó imposible, porque en el Mediterráneo occidental habían desaparecido estos centros urbanos.

LA TRANSICIÓN DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA A LA EDAD MEDIA

Sin embargo, el abandono de las antiguas villas romanas no significa la desaparición de cualquier indicio de actividad. De hecho, el comercio no desaparece. El puerto del Grau Vell de Sagunt mantiene una actividad regular hasta finales del siglo V o comienzos del siglo VI, y también la ciudad de Valencia mantiene relaciones económicas con el Mediterráneo oriental y norte de África hasta el siglo VII.

En las comarcas castellonenses da la impresión de que el tráfico comercial durante el Bajo Imperio es básicamente marítimo, y sólo el valle del río Palancia se mantiene, entre finales del siglo IV y comienzos del siglo V, como ruta continental entre el Mediterráneo y la Meseta norte. Tanto el poblado de Sant Josep (la Vall d'Uixó)

como la Torre del Mal Paso (Castelnuovo) presentan materiales que proceden de ambas zonas. Sin embargo, el tráfico comercial de larga distancia, que revelan las monedas, permite situar hacia el año 380, justamente con la llegada al poder del emperador Teodosio y la división del Imperio entre oriente y occidente, un cambio en el aprovisionamiento numismático. Hacia esta fecha se invierte la proporción entre cecas a favor del Mediterráneo oriental. Valga como ejemplo el poblado de Sant Josep, donde, del total de las monedas encontradas, las que proceden del Mediterráneo oriental pasan de un tercio al noventa por ciento.

En las tierras más interiores también aparecen elementos de la Meseta norte, como el osculatorio del Portell de Morella o los bronceos del enterramiento de Tírig. Lo que más llama la atención es que la mayor parte de las piezas metálicas de todos los hallazgos registrados son de uso personal: broches de cinturón, pasadores de correa y puñales, cuyo origen hay que buscar en el valle del Duero. Se puede pensar, como hipótesis, en grupos de población muy móviles, posiblemente pastores trashumantes, dada la abundancia de pequeños cencerros entre los materiales encontrados.

Vista de la zona excavada de la villa de Benicató. Nules. (Foto: V. Gamir.)



Con referencia a la presencia de elementos cristianos, solamente se ha encontrado una cruz impresa en el fondo de un plato de cerámica romana de la villa de Benicató (Nules) y un crismón (las consonantes iniciales de Cristo en griego: CRISTOS) de bronce, perteneciente a la decoración de un cinturón, encontrado en el poblado de Sant Josep (la Vall d'Uixó). Ambos ejemplares son del siglo IV, y en ambos casos la presencia de estos símbolos no permite concluir necesariamente que sus usuarios fueran cristianos, ya que podía tratarse de un símbolo sin significado para quienes lo utilizaban. Tengamos en cuenta que el santuario que hemos descrito en la montaña de Santa Bárbara de la Villavieja, pagano desde la perspectiva cristiana, permaneció abierto al culto hasta finales del siglo IV.

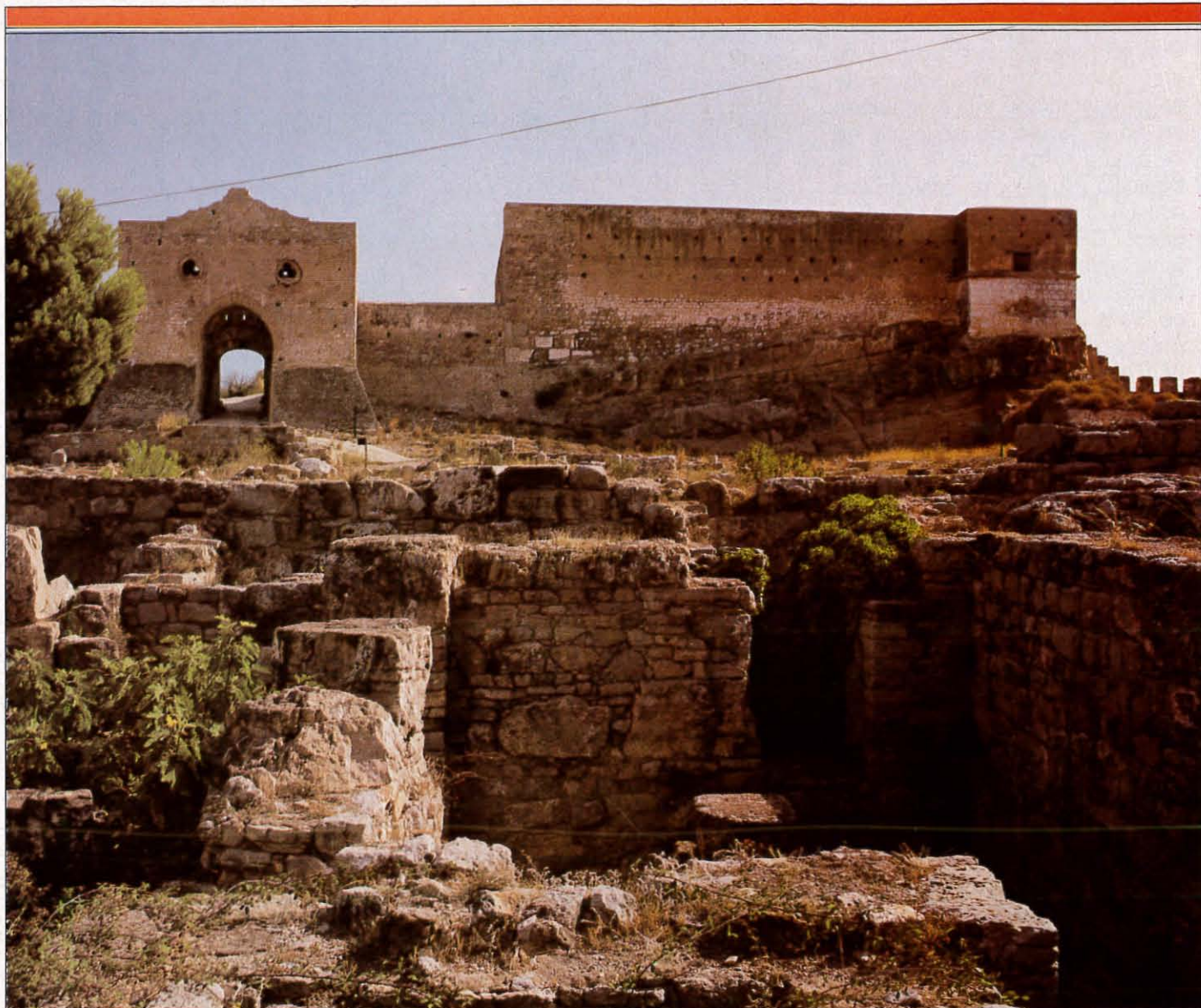
**El reino visigodo:
el final de la tradición romana**

Este esquema parece repetirse en época visigótica. Nuevamente se trata de hallazgos dispersos localizados en las comarcas del interior, que se datan entre los siglos VI-VII. La hebilla de cinturón de Bel y Cinctores, y la que procede probablemente de Tírig (actualmente conservada en el Museo Municipal de Borriana). Un comentario especial merece la pátera encontrada recientemente en un lugar indeterminado del término municipal de Onda, cuyo uso



Arriba, villa de Benicató. Nules.
(Foto: V. Gamir.)

Izquierda, inscripción funeraria de mármol blanco procedente de Albocàsser.
(Foto: F. Arasa.)



A comienzos del siglo VII, Sagunt está ya lejos de ser la ciudad de principios del Imperio romano. (Foto: V. Gamir.)

litúrgico está atestiguado por la inscripción latina de la orla interior: *Christus bendicat Teuderi et Dus det ei uitam* (Cristo bendiga a Teuderus y Dios le dé vida), fabricada entre los años 650-711 en un taller de la actual provincia de León, que significa el primer testimonio seguro de ritos cristianos.

Esta falta de elementos materiales de los siglos VI-VII contrasta evidentemente con las etapas anteriores. La referencia a datos exteriores a las comarcas castellanenses se hace necesaria. Por poner un solo ejemplo: Sagunt, que acuña moneda a comienzos del siglo VII, está tan lejos de la ciudad que fue a principios del Imperio romano que no conserva suficiente importancia para ser sede episcopal, e incluso pierde su nombre antiguo por el de Morvedre.

Para terminar es necesario hablar de dos construcciones de difícil explicación: el Punt del Cid (Almenara) y el Mollet (Vilafamés), ambas tienen en común la ausencia de materiales arqueológicos de identificación segura. El Punt del Cid es un recinto amurallado de perímetro cuadrangular, que algunos autores habían identificado a principios de este siglo con un campamento militar romano del momento de las guerras púnicas; sin

embargo, las excavaciones realizadas hace pocos años permitieron eliminar esta interpretación y situarlo dentro de la tradición romano-bizantina. El Mollet es una montaña de difícil acceso con la cumbre llana, sobre la que se extiende un sistema complejo de construcciones que recuerdan también la tradición romano-bizantina. Esta circunstancia y la imposibilidad de hallar elementos seguros de datación obligan a situar ambos lugares en una cronología insegura entre la segunda mitad de siglo VI, es decir el período de la presencia militar de Bizancio en el reino visigodo, y la invasión musulmana.

El vacío arqueológico del siglo VIII, sin duda, es la imagen de un cambio de ritmo en la historia. Colocar aquí el final de una etapa no es, en consecuencia, una decisión arbitraria. La etapa siguiente abrirá el debate sobre la continuidad o no de la tradición romana en el mundo musulmán peninsular, pero el nuevo nombre de esta región será *sharq al-Andalus* y los siguientes restos arqueológicos pertenecerán ya al pequeño taller de cerámica del Mas de Pere (Onda), datable entre los siglos IX-X, es decir entre el emirato y el califato de Córdoba.